



"La Espiritualidad del Corazón de Jesús según San Juan Eudes".

Martes, 15 de julio de 2025

El desarrollo más significativo de la espiritualidad de Juan Eudes, que caracteriza su lugar en el patrimonio de la Iglesia universal, es su doctrina espiritual sobre el Corazón de Jesús y el Corazón de María. En su canonización hace 100 años, el 31 de mayo de 1925, el Papa Pío XI lo declaró "Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico de los Corazones de Jesús y María¹ para significar su contribución, que el Papa Francisco retomó en su última encíclica *Dilexit nos*².

Esta doctrina maduró a lo largo de la vida de Juan Eudes; en una carta de 1672, invitándonos a celebrar el Corazón de Jesús, habla de un proyecto que había estado en su mente desde la fundación de la Congregación en 1643: "Él nos dio este gran don desde el nacimiento de la misma Congregación; porque, aunque hasta ahora no hemos celebrado una fiesta propia y particular del adorable Corazón de Jesús, sin embargo, nunca hemos querido separar dos cosas que Dios ha unido tan estrechamente, como son el augustísimo Corazón del Hijo de Dios y el de su bendita Madre: al contrario, nuestro propósito siempre ha sido: desde el comienzo mismo de nuestra Congregación, considerar y honrar a estos dos amables Corazones como un solo Corazón en unidad de espíritu, sentimiento y afecto.".³ Esta doctrina culminó con la redacción de una imponente suma de 1200 páginas, tres tomos de las Obras Completas, *El Admirable Corazón de la Sagrada Madre de Dios*, Libro XII de los cuales está dedicado al *Divino Corazón de Jesús*. Jean Eudes completó el trabajo 3 semanas antes de su muerte; La publicación tendrá lugar al año siguiente.

Lo que hay que subrayar aquí es que su acercamiento al Corazón está enraizado en su doctrina espiritual, heredada principalmente de Pierre de Bérulle, el maestro que lo acogió y formó en el Oratorio de Francia y a quien Jean Eudes tradujo de manera original.

Fortaleciendo al hombre interior

El gran proyecto de renovación de la vida cristiana a raíz del Concilio de Trento, con toda la efervescencia espiritual de la primera mitad del siglo XVII, tenía como consigna la vida interior, el hombre interior. Las razones de esta búsqueda de la interioridad han sido ampliamente analizadas, en particular para mostrar que muchos componentes de la realidad ya no dan respuestas a la seguridad de la salvación: un mundo cambiante, con nuevos horizontes, un mundo plural y conflictivo. Al mismo tiempo, René Descartes lanzó su famoso "Pienso, luego existo", refiriéndose al sujeto que piensa, a su propio ser, y refiriéndose así al interior.

El tema del hombre interior ya está presente en las Escrituras, pero en este momento hay un redescubrimiento de la interioridad del proceso de creer. El interior humano es un lugar divino, donde se realiza la revelación de Dios. La pedagogía espiritual desarrollada por Jean Eudes consiste en indicar el acceso al interior: la puesta de relieve del vínculo entre el cuerpo, el corazón y la mente, la lectura y meditación de la Sagrada Escritura, la santificación de todas las acciones a partir de la intención; esta pedagogía también consiste en dar puntos de referencia para discernir, para comprender lo que está sucediendo dentro de uno mismo, para protegerse de las trampas...

La relación con la interioridad es ya en sí misma un camino de comunión con Dios. En el proceso de interioridad, no descubro simplemente el acceso a mi mundo interior, accedo a Dios unido a mi alma, a Dios presente en mi interior, a Dios en comunión que espera mi asentimiento. Toda persona humana posee en sí misma la capacidad del espíritu, la capacidad de elevarse por encima de las cosas y la capacidad de penetrar su significado hasta sus fundamentos. Esto es altamente válido para uno mismo, y la interioridad es el comienzo de la respuesta del hombre creado a imagen de Dios en la adhesión a esta imagen a través del camino del espíritu.

¹ AAS 17 (1925), pp. 489-490 y corrección de errores p. 727)

² N°113

³ O.C. X 459-460.



No es un conocimiento previo de Dios lo que sería interno, sino que el sujeto conoce a Dios de esta manera, y de la misma manera solo se conoce a sí mismo cuando entra en sí mismo y descubre todas las potencialidades de este mundo interior. Como resultado, el viaje espiritual se convierte en revelación interior y transformación a través de la comunión establecida con Dios. San Pablo da cuenta de esta experiencia en versículos citados a menudo por los autores de la escuela francesa: «*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Vivo mi vida presente en la carne, en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Ga 2, 20).

La Encarnación o Comunión Cumplida

En el misterio de la Encarnación del Verbo, Dios nos une en todo lo que constituye nuestra humanidad. Este es el objeto del asombro de Juan Eudes, que sigue a los Padres, especialmente a los Padres griegos, que no tienen palabras suficientes para expresar lo inaudito de esta venida en la carne del Hijo de Dios. El énfasis está en lo que ha sucedido: la criatura es llamada a la vida en cuanto es creada en comunión con su Creador. En orden cronológico, es la creación la que viene primero, y luego la llamada a la vida divina que resuena para el hombre creado. Ahora bien, en el orden lógico (el del Logos) lo primero, la voluntad eterna de Dios, es la comunión con el hombre, y la creación es el segundo medio para lograrlo. La caída del hombre y su connivencia con el pecado están integradas en esta Providencia divina que tiene un solo objetivo: hacer al hombre partícipe de la naturaleza divina y así colmar a su criatura de los bienes más elevados.

La encarnación significa el camino recorrido por Dios para llegar a nosotros: es allí donde encontramos nuestro tema de la interioridad, porque es en el interior de nuestra naturaleza humana donde el Hijo de Dios nos alcanza. Dios vino a nosotros en su Hijo Jesucristo para encontrarse con nosotros en nuestra naturaleza y hacernos partícipes de su naturaleza divina (cf. 2 P 1, 4). Cristo vino al encuentro de todos los hombres asumiendo una vida concreta, en un lugar, en un tiempo, según una cadena de causas. Y los encuentra interiormente a través del don del Espíritu Santo que se funde con nuestro espíritu para revelarnos a Cristo y revelarnos nuestra vocación (cf. Rm 8, 14-16). Es la experiencia descrita por san Pablo la que se convierte en camino de fe para todos los cristianos: «*El que desde el seno materno me apartó y me llamó por su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí*» (Ga 1, 15-16).

La comunión interior del hombre con Cristo

La revelación y la aceptación nos abren a un proceso de crecimiento de Cristo en nosotros. Juan Eudes utilizó la expresión "para formar a Cristo en nosotros" (Ga 4, 19) para describir esta transformación interior. Ahora bien, esta formación-transformación interior se realiza esencialmente por la acogida de la caridad de Cristo. K. Rahner, cuestionando la idea misma de grado en el viaje interior, propone considerar el viaje interior como esta "increíble posibilidad que tiene el hombre de aumentar la profundidad existencial de los actos".⁴

Esta es otra manera de decir la caridad de Cristo, el amor de Cristo o Cristo como revelación del amor. Si se trata de continuar y realizar la vida de Cristo en nuestra vida, es principalmente y siempre en última instancia el amor de Cristo que se cumple y se transforma según nuestra vocación divina, mediante la participación en la caridad divina.

El amor de Dios encarnado en el Corazón de Jesús

Está claro que estamos llegando a un pensamiento construido en el Corazón: el interior de la persona humana, asumido por el Verbo en su Encarnación, cuya acción principal es la transformación en el amor. Juan Eudes sacó a la luz el motivo esencial y primario de la acción de Dios: el amor, el ágape, un amor que se da sin medida, un amor a la misericordia. y Juan Eudes considera a Jesús como la encarnación de la misma misericordia de Dios: *Por eso el Padre eterno es llamado Padre de las misericordias, porque es el Padre del Verbo encarnado, que es la misericordia misma*.⁵ El amor de Dios es

⁴ K. RAHNER, "Los Grados de Perfección Cristiana", *Elementos de Teología Espiritual*, Christus 15, DDB, 1964 p 9 - 33

⁵ OC VIII 53



la fuente de todas las cosas, el amor que viene de Dios y el amor que el hombre tiene la gracia de poder tenerle.

Un texto célebre cuyas ideas se recogen en *Haurietis Aquas* y *Dilexit nos* es la visión tripartita del Corazón de Jesús⁶:

Tenemos tres Corazones que adorar en nuestro Salvador, los cuales, sin embargo, no son más que un solo Corazón por la estrecha unión que tienen juntos.

El primero es su Corazón divino, es decir, su amor increado, que no es otro que Dios mismo. Es también el amor que tiene desde toda la eternidad en el adorable seno de su Padre, y que, junto con el amor de su Padre, es el principio del Espíritu Santo.

El segundo es su corazón espiritual, es decir, la parte superior de su santa alma, donde el Espíritu Santo está vivo y reina de manera inefable y donde contiene los tesoros infinitos del conocimiento y la sabiduría de Dios; es también su voluntad humana, una facultad espiritual que tiene como propio amar, y que sacrificó para llevar a cabo nuestra salvación por la sola voluntad de su Padre.

El tercer Corazón de Jesús es el Santísimo Corazón de su cuerpo hipostáticamente unido a la persona del Verbo, un Corazón que el Espíritu Santo construyó con la sangre virginal de la Madre del Amor y que, en la cruz, fue atravesado por una lanza.

El primer Corazón se llama divino y los otros dos se podría decir que son humanos, en el sentido de que son el alma y el cuerpo de Jesús. Jesús es contemplado en toda su realidad: sus gestos y palabras de hombre en medio de los demás, con todas las capacidades de su ser humano guiado por el amor (voluntad, inteligencia...), y que manifiestan el misterio mismo de Dios. El Corazón expresa estas tres dimensiones de la persona de Cristo: ser plenamente humano, cuya plena capacidad ha sido amar de tal manera que revela el amor de Dios, «es imagen del Dios invisible» (Col 1, 15). Esta espiritualidad es contemplativa del misterio de Cristo, escudriñando en todo lo que podemos conocer de él la misma revelación de Dios.

Juan Eudes continúa precisamente lo que el Corazón de Jesús logra:

Este amable Corazón de Jesús es un horno de amor.
Ama a su divino Padre con un amor eterno, inmenso e infinito.

Él ama a su Madre, y las gracias inconcebibles con las que nuestro Salvador la ha colmado manifiestan que este amor es sin medida y sin límite.

Ama a la Iglesia triunfante, sufriente y militante, cuyos sacramentos, especialmente la Eucaristía, abreviada de todas las maravillas de la bondad de Dios, son otras tantas fuentes inagotables de gracia y santidad que tienen su fuente en el inmenso océano del Sagrado Corazón de nuestro Salvador.

Finalmente, él nos ama a todos y cada uno de nosotros como su Padre lo ama a él. Por lo tanto, hizo y padeció todo para librarnos del abismo de males en el que el pecado nos había arrojado, y para hacernos hijos de Dios, miembros de Cristo, herederos de Dios, coherederos con el Hijo, poseyendo el mismo reino que el Padre de Jesús dio a su Hijo.

Este amor no se divide, no es para uno y luego para el otro, es constante y universal. Es esencial tener presente este amor de Jesús por su Padre, el amor humano y divino del Verbo Encarnado por Dios su Padre, es la actividad primaria del Corazón de Cristo, es una comunión de la que procede el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que llega a toda realidad. El Corazón de Jesús revela el misterio de la Trinidad, comunión de amor: "Considerad, finalmente, que estas tres Personas divinas están vivas y

⁶ *El Admirable Corazón de la Sacratísima Madre de Dios*, Libro 12; O.C. 8, 344-347



reinando en el Corazón del Salvador, como en el trono más alto de su amor, en el primer cielo de su gloria, en el paraíso de sus delicias más queridas; y que derraman allí, con inexplicable abundancia y profusión, luces admirables, inmensos océanos de gracia y torrentes de fuego y llamas infinitamente ardientes con su amor eterno. »⁷

Luego está la cuestión de la acogida de este don: ¿cómo recibir este amor?, ¿qué actitud?, ¿qué consecuencias? La primera actitud recoge los 4 tiempos de la contemplación según San Juan Eudes: alabar, dar gracias, pedir perdón y darse a sí mismo:

Nuestros deberes para con este amable Corazón son adorarlo, alabar, bendecirlo, glorificarlo y agradecerlo, pedirle perdón por todo lo que ha sufrido por nuestros pecados, ofrecerle en reparación todas las alegrías que le han sido dadas por aquellos que lo aman y todas nuestras aflicciones aceptadas por él, y finalmente amarlo fervientemente.

El tema de la reparación aparece, en el sentido de consuelo, estando cerca de Cristo para todos los que lo rechazan, y en el sentido de satisfacción, es decir, un aumento del amor por el Corazón de Cristo en el lugar de todos los que no lo aman. Esta visión sólo es comprensible en la comunión de los santos formada por los creyentes, en el Cuerpo de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo que continúa la misión del Redentor.

Luego viene la actitud de apropiación del Corazón de Cristo, es decir, de su capacidad de amar con el mismo amor, don gratuito de la misericordia que no espera reciprocidad. El Corazón de Cristo es un apoyo para todos aquellos que necesitan escuchar que son amados sin medida, que son preciosos a los ojos del Señor (cf. Is 43,4).

También nosotros debemos servirnos de este Corazón, porque es nuestro: el Padre Eterno, el Espíritu Santo, María y Jesús mismo nos lo han dado para que sea nuestro refugio en todas nuestras necesidades, nuestro oráculo en nuestras dudas y dificultades, y para que sea nuestro tesoro.

En particular de los místicos benedictinos, desde san Bernardo hasta santa Gertrudis, el padre Jean Eudes toma prestada la idea del don del Nuevo Corazón; también eligió el texto de Ezequiel 36 como primera lectura de la Misa que compuso. En la lógica de su pedagogía espiritual, el Corazón pasa por dentro, la unión con Cristo no es en el modo de imitación sino de participación.

Finalmente, nos lo dieron, no sólo para que fuera el modelo y la regla de nuestra vida, sino para que fuera nuestro propio corazón, para que a través de este gran Corazón pudiéramos rendir a Dios y al prójimo todos nuestros deberes.

Es a donde Juan Eudes quiere llevarnos: a contemplar el don hasta el punto de recibirlo en nuestro interior personal para vivir la vida misma del Hijo de Dios, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, citando a san Juan Eudes: "Todo lo que Cristo vivió, nos hace capaces de *viviéndola en Él* y que él *el vivir en nosotros*. "Por su encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todos los hombres" ([GS 22](#), § 2). Estamos llamados a ser uno con él; lo que él vivió en su carne por nosotros y como nuestro modelo, nos hace comulgar allí como miembros de su Cuerpo. »⁸

La gracia de celebrar el Corazón de Jesús

Después de haber pasado por el crisol de los acontecimientos dolorosos de todo el período de calumnias, Juan Eudes sabe dónde está su apoyo: Cristo y su amor inagotable. Lo que escribió estaba enraizado en su experiencia, que a menudo fue dolorosa durante los últimos años de su vida. Lo que mantuvo unido a Juan Eudes durante toda su vida y que mantiene unido al mundo hasta la consumación de los siglos es este Corazón de Jesús, *el horno de la caridad*. Quiere compartir lo que habita en él, y ponerlo no solo por escrito, sino aún más en forma litúrgica, festiva y pública, como un

⁷ O.C. VIII 334

⁸ N°521



tesoro confiado a todos. Para el misionero, es necesario celebrar este amor de Dios manifestado en la persona de Jesús.

La primera fiesta litúrgica del Corazón de Jesús se celebró en 1672 en Caen. La fiesta vuelve su mirada al Padre; Jesús es el que se pone a disposición de la voluntad del Padre, su adorador perfecto, el que recibe su vida del Padre y la da gratuitamente por amor. Este amor desbordante del Corazón de Jesús se ofrece a todos como fuente inagotable, y la vida humana recibe de él su dinamismo. Este Corazón se da a los creyentes que pueden usarlo como su propia propiedad; nos llama a amar con el mismo Corazón de Jesús: *"No os contentéis con amar a un Dios que es infinitamente amable en toda la extensión de este pequeño corazón humano, corpóreo o espiritual, que está en vuestro cuerpo y en vuestra alma; esto es poco, no es nada. Pero ámalo Corde magno et animo volenti, con todo tu gran Corazón, ... Si amas a tu prójimo y tienes alguna acción caritativa que hacer, ámallo y haz por él todo lo que debes, en la caridad de tu gran Corazón."*⁹ Recibe la comunión en el Corazón de Jesús de manera privilegiada en el sacramento de la Eucaristía¹⁰.

Increíble comunión con el Corazón de María

Uno de los aspectos particulares del pensamiento de san Juan Eudes es su manera de hablar de los Corazones de Jesús y de María, utilizando a menudo el singular, como en su oración Ave Cor: "Te saludamos, amantísimo Corazón de Jesús y María".

María dio a luz al Hijo de Dios, a través de ella el Hijo de Dios entró en el mundo. Juan Eudes, siguiendo las huellas de su maestro, el padre de Bérulle, contempla a Jesús vivo en María, Jesús llenando toda la vida de María y reinando en su Corazón. María es toda disponibilidad, gratitud, bienvenida. Es la primera que pudo vivir la vida cristiana como participación y realización de la vida de Jesús. La devoción mariana de Juan Eudes dio un giro importante cuando decidió celebrar públicamente la fiesta del Corazón de María durante la misión de otoño el 8 de febrero de 1648. La contemplación de la Virgen María está al servicio de la pedagogía espiritual: ella es el *prototipo*, el *ejemplar*, el *modelo*, la *regla viva*...

En *El admirable corazón de la sacratísima Madre de Dios*, Juan Eudes desarrolla de manera extravagante su contemplación del Corazón de María. Utiliza imágenes para decir cómo se cumplen en el Corazón de María: el Corazón de María es al mismo tiempo un Cielo, un sol, el centro de la tierra, una fuente, un mar... Otras imágenes utilizan figuras bíblicas: el Corazón de María es la Zarza Ardiente, el Arpa de David¹¹, el trono de Salomón, el Templo de Jerusalén, el Arca de la Alianza... Entonces Juan Eudes

⁹ OC VI 264

¹⁰ Cf. Capítulo IX: Que el Divino Corazón de Jesús es un horno de amor a los ojos de nosotros en el Santísimo Sacramento. O.C. VIII 252-258.

¹¹ *El Admirable Corazón de la Santísima Madre de Dios*, Cap. II.- Octavo cuadro, en el que se representa el Sagrado Corazón de la Santísima Virgen como un Arpa celestial y divina. (OC VI 253 – 266), Extractos: La octava imagen del divino Corazón de la gloriosa Virgen es el arpa sagrada del santo Rey David, que se menciona en varios lugares de las divinas Escrituras, que representa excelentemente este mismo Corazón: que es la verdadera arpa del verdadero David, es decir, de nuestro Señor Jesucristo. Porque fue él mismo quien lo hizo con su propia mano; es él solo quien la posee, y quien siempre la ha poseído; nunca ha estado en otra mano que en la suya, nunca ha sido tocada con otros dedos que los suyos, porque este Corazón virginal nunca ha tenido sentimientos, afectos o movimientos, excepto los que le ha sido dado por el Espíritu Santo.

Las cuerdas de esta santa arpa son todas las virtudes del Corazón de María, especialmente su fe, su esperanza, su amor a Dios, su caridad al prójimo, su religión, su humildad, su pureza, su obediencia, su paciencia, su odio al pecado, su afecto a la cruz y su misericordia: doce cuerdas en las que el Espíritu divino ha hecho resonar en los oídos del Padre Eterno tan maravillosa armonía y cantos de amor tan melodioso, que, estando todo encantado, olvidó toda la ira que tenía contra los pecadores, dejó todos los rayos con que estaba armado para perderlos, y se los dio a su propio Hijo para salvarlos.

Sin embargo, estos dos corazones y estas dos arpas están tan estrechamente unidos entre sí, que en cierto modo no son más que una sola arpa, que no tiene más que un solo sonido y el mismo canto, y canta las mismas canciones. Cuando el primero canta un cántico de amor, el segundo canta un cántico de amor; Cuando el primero canta un cántico de alabanza, el segundo canta un cántico de alabanza. Si el Corazón de Jesús ama a Dios su Padre, el Corazón de María lo ama con él: si el Corazón de Jesús se derrama en acción de gracias a la Santísima Trinidad, el Corazón de María se derrama en acción de gracias a la Santísima Trinidad. Todo lo que ama el Corazón de Jesús, lo ama el Corazón de María; lo que odia el Corazón de Jesús, lo odia el Corazón de María. Lo que alegra el Corazón del Hijo, alegra el Corazón de la Madre; lo que crucifica el Corazón del Hijo, crucifica el Corazón de la Madre. Como dijo San Agustín: "Jesús y María eran dos arpas místicas; Lo que uno sonaba, también lo hacía el otro, aunque nadie lo tocara. Estando Jesús sufriendo, María está sufriendo; Crucificado Jesús, María es crucificada" (Sermón de la Pasión).

El Padre Eterno ha dado a Su Hijo un número innumerable de otras arpas sagradas, que son los corazones de todos Sus ángeles y santos, sobre los cuales Él ha alabado y glorificado a Su Padre en este mundo, mientras ellos han estado allí, y lo alabarán y glorificarán por siempre en la bendita eternidad.



retoma la tradición teológica y reconoce en María todas las perfecciones de Dios: la sencillez, la infinitud, la pureza, la santidad, la verdad, el bien... Uno puede maravillarse de la creatividad de Juan Eudes, que declina el Corazón de María a todos los modos posibles de pensamiento cristiano.

Pero lo que supera todas las imágenes de la contemplación es la comunión, la unión que se convierte en unidad entre los dos Corazones, en la imagen de la comunión trinitaria que confesamos como el único Dios. En María, Juan Eudes contempla el proyecto último de Dios: que todas las criaturas estén unidas en Dios, una unión en el amor.

Esto es lo que Juan Eudes propone a los fieles a los que predica: como María y con María, por el amor de los cristianos el amor de Cristo continúa y se cumple, como la savia riega los sarmientos y les da vida. Esta savia riega el mundo de tal manera que se establecerá el Reino de Dios, cuando Dios será "todo en todas las cosas" (1 Co 15:28).

Conclusión

Esta rápida presentación, quería mostrar la gran coherencia entre el deseo de renovación de la vida cristiana que motivó al padre Juan Eudes, sacerdote misionero, hasta el final de su vida, así como le gustaba firmar sus cartas y sus investigaciones para expresar el misterio de Dios, un amor infinito manifestado en el Corazón de Jesús. Esta contemplación del Corazón ofrece a ambos un sólido contenido teológico: todos los grandes temas de la teología son vistos a través del prisma del amor encarnado en Jesucristo. Y también una pedagogía espiritual para aquellos que aceptan existencialmente el don de la fe, dejándose transformar por la gracia divina, es decir, el amor que brota del Corazón humano y divino de Jesús, a imagen del Corazón de María.

AVE COR

Te saludamos, Santísimo Corazón,
Te saludamos, dulcísimo Corazón,
Te saludamos, humilde Corazón,
Te saludamos, Purísimo Corazón,
Te saludamos, Corazón todo dado,
Te saludamos, Sabio Corazón
Te saludamos, Corazón paciente,
Te saludamos, Corazón obedientísimo,
Te saludamos, corazón vigilante,
Te saludamos, Corazón Fidelísimo
Te saludamos, Bendito Corazón,
Te saludamos, Corazón Misericordioso,
Te saludamos, amantísimo Corazón de Jesús y María,
Te adoramos, te alabamos,
Te glorificamos,
Le damos las gracias,
Te queremos
Con todo nuestro corazón,
Con toda nuestra alma,
Con todas nuestras fuerzas.
Te ofrecemos nuestros corazones,
Te la damos, te la consagramos, te la sacrificamos,
Recíbelo, poseerlo por completo.
Purifícalo, ilumínalo, santifícalo,
En él vive y reina, siempre, para siempre.
Amén.

Eso no es todo, mi querido hermano, el Padre de Jesús le ha dado a su Hijo otra arpa, que es tu corazón. Porque le ha dado todos los corazones de todos los cristianos, para que les haga otras tantas arpas para cantar las alabanzas de su santo nombre. No solo puedes unir tu arpa a todas estas arpas, tu corazón a todos estos corazones; pero si sois verdaderamente cristianos, tenéis el derecho de apropiaros y de usarlos como si fueran vuestros. Sí, el Corazón de Jesús es tuyo; el Corazón de María es tuyo. todos los corazones de los Ángeles y de los Santos son vuestros.